

El gran y genial castillo de arena del primo Guido

DIRECTORA Y PRODUCTORA DE LA COLECCIÓN

Celeste Soledad Gonzalía

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Celeste Soledad Gonzalía

TEXTOS

Patricia Suárez

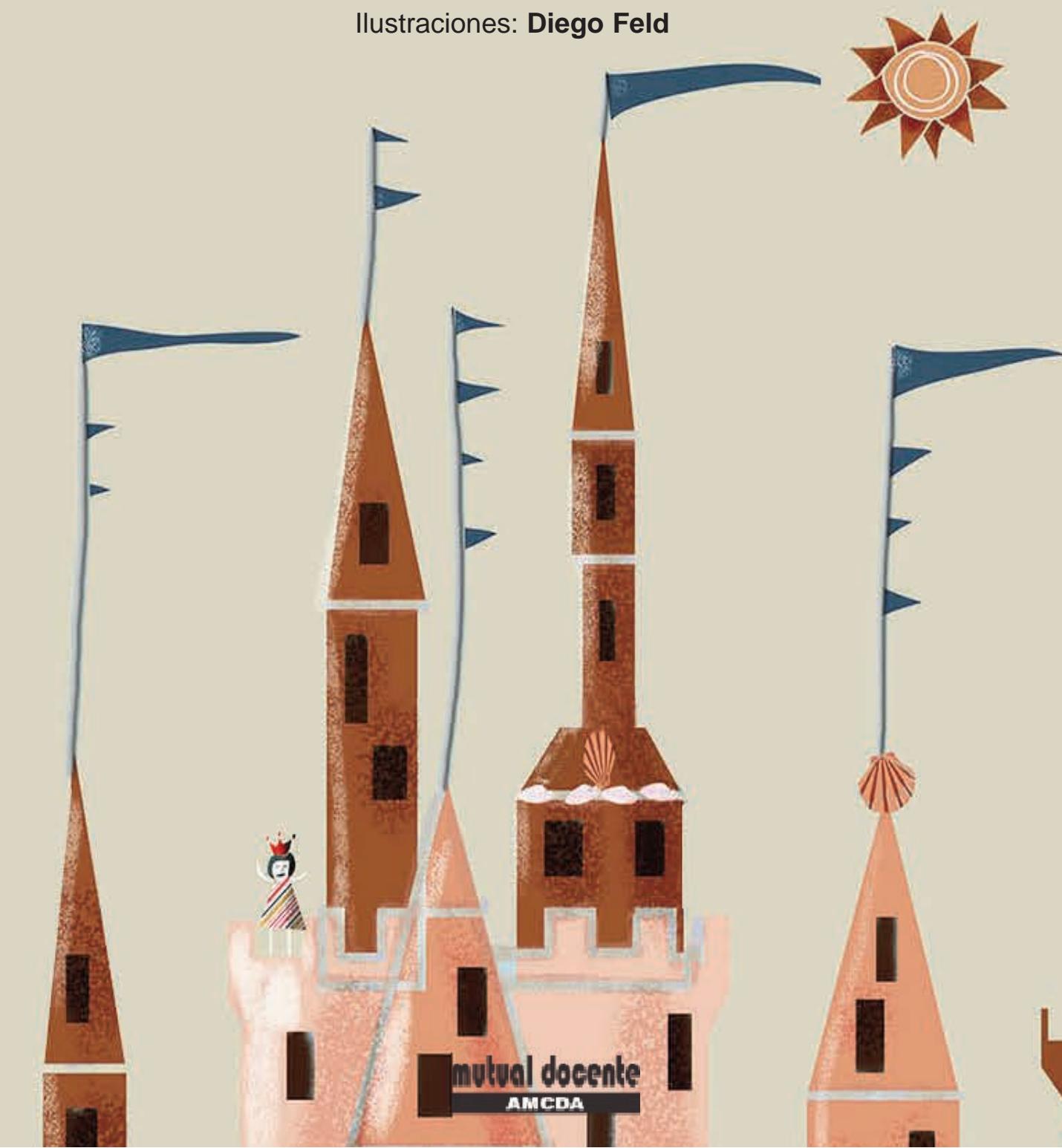
ILUSTRACIONES

Diego Feld

COLECCIÓN 2018 - CUENTO N° 5

Texto: Patricia Suárez

Ilustraciones: Diego Feld



Si había una cosa que Tiago odiaba de las vacaciones, era tener que ir a la playa con su primo Guido. La casualidad había querido que Guido y él se llevaran sólo tres días; y como sus mamás eran hermanas y se adoraban, los enviaban a los dos a la misma escuela.

Primero cumplía años Tiago y celebraba su fiesta de cumple en el club, jugando a la pelota con los chicos. Después venía el cumpleaños de Guido, que también celebraba en el club, pero a la hora de jugar a la pelota, él lo cambiaba por trucos de magia.

Se ponía a sacar monedas de las orejas de los invitados, palomas de la gorra de su papá y hasta a hipnotizar a Retinto, el perro de la familia. Los invitados quedaban muertos de gusto con el cumpleaños de Guido y ya nadie recordaba el de Tiago, por muchos goles que hubiera hecho. Además, Guido era un cerebrito: tenía las mejores calificaciones de todo el grado y podía hacer una cuenta de dos —y a veces hasta tres!— cifras sin usar papel y lápiz. Tenía embobado a todo el mundo, no sólo a sus papás, sino, por supuesto, a los papás de Tiago.

A veces, para el día de la madre o del padre, regalaba retratos de las personas y esos retratos eran perfectos. Claro, tenía una medalla en el concurso de dibujo de la escuela: había concursado contra los de sexto en representación del grado y hasta Adela —otra sabelotodo pedante— que ya había cumplido los 12 años, parecía que hacía mamarrachos al lado de los dibujos perfectos, creativos del primo Guido. Y eso que la madre de Adela, la mandaba a una profesora de dibujo desde los tres años.

Por si fuera poco, este año viajaron a la playa con la abuela. Así que en el auto de los papás de Tiago, iban los papás, la abuela y el perro, y a Tiago le tocó ir en el auto de sus tíos, sentadido en el asiento de atrás con su primo Guido. Nada de creer que Guido cantaba canciones de esas que enseñaban en la clase de música, un poco tontas, pero que todos conocían, como la de *Había una vez una gata...*



Guido se sabía de memoria el repertorio de un cantor de ópera italiano y cuando entonaba un aria o como se llamara, a la mamá de Guido se le saltaban las lágrimas de los ojos de la emoción.

Cuando le pidieron a Tiago que cantara una canción, él, la única que recordó era *Cucú cucú cantaba la rana* y verdaderamente prefería morir antes que cantar esa canción de niñitos. Se excusó diciendo que le dolía la garganta, y entonces siguió Guido cantando, que tenía unos pulmones a prueba de todo y hacía reverberar los vidrios del auto cada vez que daba una nota alta. A Tiago terminó por dolerle la cabeza.

La casa que alquilaron estaba frente a la playa, así que apenas llegaron, los padres de ambos les dieron vía libre con las siguientes palabras:
—Chicos, vayan a jugar a la playa. ¡Hagan castillos de arena que a la abuela le gustan tanto!

Tiago no tenía ni la menor idea de cómo se construía un castillo de arena; él nada más sabía hacer pozos con la palita, y eso lo había aprendido más a o menos a los dos años. ¿Puede decirse que haya sido un niño prodigo entonces? La construcción que Guido levantó tenía una muralla con almejas, dentro un castillo decorado con caracoles y con cuatro torres, puente levadizo y foso para los cocodrilos.

—¿Creés que le gustará a la abuela? —preguntó Guido.

De pronto, Tiago oyó un ruidito adentro. Era una princesa que estaba en la torre más alta y pedía ayuda. Un príncipe malvado la había secuestrado y pronto vendría un dragón para llevársela a su cueva y devorarla. Había que sacar a la princesa de allí, con urgencia. Guido,

mientras tanto, estaba atareado diseñando cocodrilos y una catapulta.

—¡Por favor, caballero, no te distraigas con el bobo de tu primo! ¡Sálvame!





La bella princesa había llamado bobo al cerebro de la familia, rió por lo bajo Guido. La cuestión era cómo sacarla del castillo de arena sin que el castillo se derrumbara. Aprovechó que Guido estaba distraído y metió el dedo meñique por la ventanita de la torre mayor. La princesa se trepó y agradecida hasta las lágrimas pidió:

—Caballero, gracias por rescatarme. Déjame a la orilla del mar, donde pronto vendrá mi padre en su navío y me llevará a nuestro reino.

Tiago llevó a la princesa a la orilla del mar y la depositó con cuidado.

—Sólo debo advertirte del peligro mayor, para que salves tu vida. Pronto vendrá el dragón; es de color verde y llegará montado en una ola.

La princesa y Tiago se saludaron con amistad, y Tiago volvió adonde estaba el castillo de arena. De pronto, se había levantado viento y las olas se hicieron más grandes. Una ola pegó con toda su fuerza sobre el castillo y lo aniquiló; Tiago vio que un alga verde y furiosa buscaba entre las torres: era el dragón del que había hablado la princesa.

Cuando Guido vio que su castillo había sido destruido por el mar, tuvo un ataque de rabia. Eso fue bastante raro, porque Guido era de los chicos que hacen yoga y pronuncian *OM* cuando meditan. Ahora estaba rojo como un tomate pataleando en la arena y gritando palabras que si la señora las hubiera oido, lo sacaba en dos minutos del aula rumbo a la dirección.

Tiago usó el balde, lo llenó de arena húmeda y lo desmontó: quedó un cilindro de arena grandote y él le hizo agujeritos con el dedo índice. Parecía un hormiguero agujereado, pero cuando la abuela lo vio, le acarició la cabeza a Tiago y suspiró:

—Es el castillo más hermoso que vi en mi vida.

